

# LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE RAMÓN. NOTAS SOBRE LA PRESENCIA DE WILDE EN GÓMEZ DE LA SERNA

SERGIO CONSTÁN

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

## RESUMEN

Este artículo examina el interés que la obra y la figura del escritor Oscar Wilde despertaron en Ramón Gómez de la Serna, sin duda el gran introductor en España del genial irlandés. Desde sus tempranas páginas de *Prometeo* hasta su *Automoribundia*, Wilde constituyó para Ramón, a lo largo de su densa producción, una obligada e irrenunciable referencia literaria.

## ABSTRACT

This article focuses on the interest of Wilde's figure and work upon Ramón Gómez de la Serna, who undoubtedly first introduced the brilliant Irishman in Spain. From his *Prometeo* early pages up to his *Automoribundia*, Wilde meant a required literary reference for Ramón's dense production.

Si hay un escritor al que le cabe el honor de haber sido el gran introductor de la obra de Wilde en España, éste es Ramón Gómez de la Serna. Ramón, que fue en nuestro país el mensajero de todo lo nuevo, supo sin titubeos que la literatura de Wilde era fundamentalmente nueva, y a su adopción y asimilación entre nuestras fronteras dedicó un gran número de páginas.

De acudir únicamente a la correspondencia epistolar que mantuviera el madrileño con Ricardo Baeza, podríamos comprobar de inmediato su sincero interés por la literatura wildiana, ya que es Wilde el segundo autor más mencionado en tales cartas, detrás de Gourmont. Así lo documenta Andrew A. Anderson: “Los autores nombrados más insistentemente en la correspondencia son Gourmont (en siete cartas distintas), Wilde (en seis cartas) y Rachilde y Schwob (en cinco cartas)<sup>1</sup>”. De la indudable admiración por Wilde queda como testimonio la sentida alusión de “nuestro querido Oscar”, en alguna de estas cartas<sup>2</sup>.

Supone 1909 el principio de un largo paréntesis temporal en el que Gómez de la Serna atiende a la figura y a la obra del esteta, y comprende, si seguimos el curso de textos editados y reeditados, algo más de medio siglo. Éste es el año en el que Ramón abre esa puerta a la publicación de textos de Wilde:

La luz de arte que salía de Oscar Wilde me hizo dar por primera vez en España (1909), en mi revista mensual *Prometeo*, páginas del gran escritor traducidas ya por mi compañero de colegio y universidad el insuperable Ricardo Baeza, pues sólo algunos años después emprende la misma tarea mi hermano Julio<sup>3</sup>.

Tal vez un ciego orgullo por su labor introductoria de Wilde en nuestro país no le permitiera a Ramón ser sabedor de que otros intelectuales ya lo habían traducido en España. Existe al menos una traducción de la *Salomé* que data de 1902, de la mano de Martínez Sierra y Pérez Jorba; y aun otra de Rodríguez Serra, probablemente de un año antes. Además, hay referencias y estudios, más o menos fragmentarios, de la obra de Wilde anteriores a esa fecha.

Es también 1909 el año en el que Ramón Gómez de la Serna publica en *Prometeo* su fundamental ensayo “El concepto de la nueva literatura”.

En sus veintisiete páginas podemos hallar dos referencias directas a Oscar Wilde. La primera, cuando arremetiendo contra la falta de inquietud de la vieja literatura, y proponiendo, como modelos de esa otra nueva, a nueve artistas de entre un largo etcétera, escribe:

Pero lo más deplorable de esta literatura, lo que más insurrecciona contra ella, es que carece de inquietud. Es impasible. Impasible. Es solo un pasatiempo –y no es algo suicida pasar tiempo por pasarlo con descuido!–, un pasatiempo para gentes que no han latido según ritmos superiores –Rodin, Meunier, Zuloaga, Carrère, Beethoven, Walt Whitman–, el incommensurable Wilde, Mallarmé, Anatole, etc., etc.<sup>4</sup>.

No es precisamente azaroso el hecho de que entre los nueve nombres citados por Ramón, sólo al de Wilde le anteponga un adjetivo, ni más ni menos que el de “incommensurable”: prueba más de esa admiración sin límite que apuntábamos.

La segunda de las alusiones a Oscar Wilde la constituye el siguiente párrafo, que reproduce de aquél palabras textuales:

“Para el público”, ha dicho Oscar Wilde “todo ensayo intensivo en materia de arte es desastroso, y sin embargo, el progreso y la vitalidad del arte dependen en gran manera de la extensión incesante del personalismo”<sup>5</sup>.

Ramón trae a colación estas palabras para refrendar su postulado de que es preciso a toda costa la presencia absoluta de lo personal en esa literatura que él llama *nueva*. La nueva literatura, nos dice, es individualista. No de otro modo pueden rastrearse en este ensayo ideas que parece entresacarlas Ramón de la propia literatura de Wilde. Si hay un escritor que no hizo más que escribir, en verdad, sobre sí mismo, ése fue Oscar Wilde. Y a Gómez de la Serna le sirve para concluir que “toda obra ha de ser principalmente biográfica”. Si hay un escritor que hizo de la frivolidad el mejor de los pretextos literarios, ése fue también Oscar Wilde. Y Ramón quiere partir de tal lección:

No sabían tampoco lo mucho que vale la frivolidad. Por eso son teratológicas las filosofías sistemáticas, porque carecen de frivolidad; no

se encuentra en ellas un organillo, ni hay colgada una jaula de canarios, ni hay entre hora y hora un recuerdo de mujer, ni echa nadie un cigarillo. Nos destierran. Todo es trascendental, carece de veleidades, carece de bibelots y de nuestros pequeños enseres<sup>6</sup>.

Por último, esa reivindicación que de la mujer hace Gómez de la Serna en su ideal de la nueva literatura (“hay entre otras adquisiciones una importantísima: la de la mujer. Es un descubrimiento de hoy mañana”<sup>7</sup>), puede encontrar precedentes en el singular tratamiento que del sexo femenino hiciera ya Wilde en no pocas de sus obras. Lo que Ioana Zlotescu llama “colocar en el centro de la moderna literatura personal a la mujer de carne y hueso”<sup>8</sup> es acaso una tarea que, en efecto, empieza en Oscar Wilde, y que de ningún modo podía escapársele a Ramón Gómez de la Serna.

Sin embargo, el primer texto del inventor de la greguería que se ocupa íntegramente de Wilde es el que, también en el marco de su revista *Prometeo* y con el pseudónimo de “Tristán”, publica en 1911. Con el diáfano título de “Oscar Wilde”<sup>9</sup>, el comentarista elabora lo que él mismo denomina “una nota anecdótica y fugaz, juego de espejos con que se simula algo de lo que fue la vida de aquel hombre”<sup>10</sup>. Se trata, en efecto, de una breve semblanza de Wilde, a menudo estructurada sobre la base de las anécdotas más encantadoras que repiten una y otra vez los biógrafos. Hay, no obstante, alguna reflexión crítica sobre la obra del dandi, obra que es para Ramón “su vida prohijada por su vida”<sup>11</sup>. La literatura de Wilde es considerada por Gómez de la Serna como capaz de desterrar de sí misma la ética y el cristianismo a favor de la belleza, sin dejar de ser su autor, sin embargo y paradójicamente, “un moralista y un cristiano”<sup>12</sup>. Señala Ramón notas de preciosismo, de hermafroditismo, de “exabruptismo” ideológico en sus obras, y define en el siguiente párrafo el sentido del arte pretendido por Wilde:

Así el arte de Oscar Wilde es un arte cristiano para los perversos y para la perversión, porque su belleza fataliza su deshonra y es en resumen una victoria sobre todas las susceptibilidades, una gran suscitación, que conseguida por el hombre le hace íntegro y heterodoxo<sup>13</sup>.

Si bien el articulista Ramón considera que “no es momento de hablar de sus obras”<sup>14</sup>, sino de su vida, hace una excepción para referirse parcamente a *Una mujer sin importancia*, de la que entre otras cosas recuerda que, gracias a la mediación de su revista, esta pieza sería representada en el *Teatro de Arte*. Ramón no duda de que tal evento constituiría “el gran acontecimiento de ese admirable teatro”<sup>15</sup>.

Poco más de análisis en términos estrictamente literarios, acaso una definición categórica de la literatura de Wilde; una de esas síntesis ramonianas que, curiosas por lo que de libérrimo ejercicio asociativo representan, no pueden menos de parecernos verdaderamente lúcidas y definitivas: el arte de Oscar Wilde, dice Ramón, es “una *kleptomanía* ensayada en sí mismo”<sup>16</sup>.

El resto de las páginas se centran, como apuntábamos, en la sucesos biográficos con los que Gómez de la Serna adereza su artículo, al tiempo que no pueden ocultar la rabia que su autor experimentara por el triste y fatídico final de la vida de Wilde:

Sufrió su condena de dos años de trabajos forzados y de ser el C. 3.3. Esto es increíble en la historia universal... Hace mirar de rojo a todos los hombres... Son estos en muchedumbre aquellos mismos y, ahora, ya que al inmoral perdido y muerto se le dignifica, el nuevo inmoral vuelve a ser atroz y se ensaya el mismo procedimiento contra él... Estas cosas fomentan un odio arbitrario por la humanidad. Las manchas del sol son la salpicadura de una cosa así, quizás. Y los malos años del labrador, y los malos golpes de fortuna, y las desgracias de ferrocarril, son la venganza de actos tan deplorables... Se puede sonreír en toda catástrofe, porque se recuerde el suplicio de Oscar Wilde. Aún no son ni viejas las generaciones que sufrieron el encierro... Todo resulta ya bastardo, porque el telégrafo y el tren y la palabra se hicieron para adivinar estas cosas y crear movimientos solidarios<sup>17</sup>.

Acaso no podamos hallar unas líneas tan decididamente solidarias con Wilde, tan habitadas de impotencia y sincero dolor compartido, en ninguno de nuestros escritores. No, al menos, con ese fondo de lirismo crudo y patético, con que están escritas. Leyéndolas, parece notarse que reside voluntariamente en ellas, por su tono y estilo, algún eco del *De Profundis*. Son, en cualquier caso, las palabras de un joven Ramón; palabras

que aparecen momentos antes de las que dan fin al artículo, las mismas que le valen para subrayar la idea de que Wilde es un autor vivo para siempre, disfrutando de eso que se conoce como gloria literaria: “Oscar Wilde está en el umbral de la muerte, y como en un famoso banquete se retrasó una hora, ante la muerte se piensa retrasar una eternidad<sup>18</sup>.”

El siguiente texto que Ramón Gómez de la Serna escribe sobre Oscar Wilde data del año 1918. Hablamos de una biografía que sirvió de prólogo a una traducción de *El retrato de Dorian Gray*, en el marco de las obras completas de Wilde preparadas por su hermano Julio para Biblioteca Nueva. El texto, bautizado como “Exhumación de Oscar Wilde”, sería posteriormente reeditado en Buenos Aires, con ligeras variantes, dentro de la colección “Críticos e Historiadores de Arte” (Editorial Poseidón); su nuevo título: “Retrato de Oscar Wilde, Nuevo marco al retrato”. Por tercera vez, en vida del autor, estas líneas conocerían la reedición en 1961, cuando la Colección Biblioteca de Autores Modernos de la editorial Aguilar publica *Retratos Completos* (que contiene, a su vez: *Retratos contemporáneos, Nuevos Retratos Contemporáneos, Efigies, Otros retratos y efigies*).

Ramón, en la posterior actualización de esas antiguas páginas suyas, duda ya del año de aparición: “Para prólogo a la recopilación de las obras completas de Oscar Wilde, allá por el año 17 ó 18, pinté este retrato acabado del clarividente y dramático artista”. Es éste, sin duda, el más extenso trabajo literario que Ramón dedicara a Wilde, alcanzando casi las setenta páginas, todas de naturaleza biográfica. Pero es, como toda biografía escrita por Gómez de la Serna, una suerte de biografía poco ortodoxa; de “inspiración –naturalmente documentada– pero no archivera”<sup>19</sup>. Junto al exacto hilo cronológico de la vida y obra de Wilde, conviven las anécdotas y una interesante recopilación de esas narraciones orales que tanto le gustara contar al literato, esos apólogos que su imaginación inventaba para recreo y exquisitez de cuantos lo oyeran. A pesar de que el mismo Ramón nos informa de que “en castellano han sido repetidamente publicadas todas esas pequeñas parábolas”, el suyo es tal vez el más completo y documentado corpus de tales parábolas wildianas<sup>20</sup>. Algunas, con su propio título: *Los treinta dineros, La verdadera historia de Androcles y el león, La isla del olvido, Presencia de espíritu, El Discípulo, La Casa del Juicio, La nueva parábola de la mujer adúltera, El ojo de vidrio, El cáncer, Los nuevos hermanos siameses,*

*La pasión del Santo*, *El cazador furtivo* y *El milagro*; otras, sin nombre, como la de Lázaro, la de la estatua del placer que dura un instante, la del ciego que recuperó la vista, la del leñador fantasioso, la del inventor de la butaca economizadora, la del inocente y la del muchacho que se llevó todos los zapatos del hotel. En total, veinte de los famosos apólogos de Wilde que los biógrafos esparcen en sus trabajos, y que se reúnen aquí con pretensión de antología.

En algún párrafo de este retrato, juzga Gómez de la Serna la literatura de Wilde; y lo hace distinguiendo con objetividad las fallas y los aciertos de una misma obra. Así, respecto al *De Profundis* afirma:

Ese libro en el que se mezcla cierta hipocresía a cierta falsa humildad para congraciarse con los directores de las cárceles, viéndose la nueva orientación de su espíritu en esta frase suya: “Sólo por la piedad se abre toda obra al infinito”<sup>21</sup>.

La aportación positiva de esta obra, quizá el verdadero sentido de la misma, también la sabe apreciar:

Lo hermoso de este libro es cuando revela el dolor de la prisión, cuando exalta la responsabilidad de todos en todo y dice: “Todo lo que suceda a otro os sucede a vosotros mismos”, y recomienda que escribamos en el frontis de nuestra casa: “Todo aquello que le sucede a uno mismo, le sucede a otro”<sup>22</sup>.

Termina Gómez de la Serna estas pinceladas críticas considerando *La balada de la cárcel de Reading* como la última obra de arte que la sensibilidad de Wilde creara. Una vez más, cae, en este caso sobre *La balada*, una de esas poéticas definiciones ramonianas que todo lo aprehende: “Fue el último fervor de su naturaleza provocado por la fuerte emoción del sello candente con que sella el presidio al presidiario en el hombro desnudo”<sup>23</sup>.

En las páginas finales de esta obra, aparece un encantador juego literario con que se homenajea a Wilde. Se trata de una ficción que Ramón inventa, según la cual se escucharía en el cementerio de Père Lachaise a un Wilde muerto que conversa con los otros muertos. Gómez de la Serna ensaya aquí aforismos y paradojas al modo de los de Oscar Wilde;

un ejercicio de estilo wildiana que revela, en última instancia, una de las más evidentes fuentes de las que bebiera siempre su prosa, y que reproducimos íntegramente por constituir un documento modelo de influencia entre uno y otro autor:

En ese cementerio parece que Wilde mantiene sus diálogos y sus paradojas, llamando lores a los hombres y ladies a las mujeres. Nos parece escuchar algunas frases suyas, como “Amo este estado porque es en el que mejor se pueden cruzar las piernas...” “¡Qué bello esqueleto!...” “¡Qué grato es ver quien no ha perdido su juventud!” “¡Su calavera es la chata más graciosa de todas!...” “¡Qué pena no tener más gardenias!” “¡Aquí sólo es posible una flor de jaramago o un simple amaranto!...” “Somos tan perfectamente idiotas que todos nos estamos riendo solos con una risa de abueletes... Ahí se ve que la risa es lo más atrocamente trágico, y que, sin saberlo, era lo que en vida se parecía más a nuestra eternidad de muertos. Quizá suponía yo que la comedia es superior a la tragedia, cuando escribí más comedias que dramas. Ahora escribiría las piezas más espeluznantes y macabras de puro divertidos...” “No hay quien no se conduzca como un verdadero muerto... El que sabe ser perfectamente un muerto es el que ya no está en su caja, entre la tierra, ni en ninguna parte. Esa es, verdaderamente, la verdadera dicha...” “Parece mentira que en una reunión de tanta gente no se oiga una tos... Ante un público así me gustaría representar mis obras...” “El drama de la muerte es que todos se creen que están enterrados hasta que les queda el último hueso... Hay un deseo en todos de ser incinerados, como el deseo de suicidarse completamente... Darse verdadera cuenta de la muerte es sobreponerse a la tortura esta...” “¿Por qué todos creéis haber sido robados, y hay algunas ladies que hacen ese gesto de buscar en su garganta el collar de perla que no ha perdido, porque está en el cuello de la heredera?...” “Oh, mis buenos amigos imberbes, ya no tenemos que afeitarnos!...” “Si me trasladasen a Londres durante la season sería feliz. Estaría bien un viaje en el furgón de los muertos, ese furgón que transforma los trenes como el coche real cuando viaja el rey...” “Como la última esencia que se exprime de las cosas es el alcohol mientras que nos quede un hueso...” “¿Ha oído usted? Algunos muertos gritan que han sido asesinados, para obtener la revisión... Gracias que si hay alguien que lo oye, es el novelista, y sin venir a desenterrarlos escribe una novela...” “¡Oh!, querido, creerse muerto, ¡qué pedantería!...” “¡Estad contentos! Pensemos en el largo suplicio de los que se momifican... Qué pena, secos, contrahechos y esclavizados durante una

eternidad casi...” “¡Qué de sabores tiene la tierra; es el mejor pan integral!... Hay entre nosotros algunos terribles pancistas de boca llena de polvorones, que no se levantan porque tienen la panza llena, abrazando con sus ansiosas costillas una gran pella que ha venido a sustituir las entrañas...” “Mientras quede un grano de nuestro polvo, tendremos la convicción de estar, convicción que seguirá dándonos idea del mundo, porque un punto material crea la esfera... ¡No dejaremos de estar!... Lo demás eran ambiciones, errores, vanidades...” “¡Ah! ¡Qué olvido! ¿Por qué prescindimos de pensar en la vida, que nos quedarían siempre las electricidades?... Esto, que antes nos hubiera quitado pavor, ahora nos debe animar a todos... ¿Quién iba a creer que ni íbamos a llegar a ser indiferentes, y que estas emociones de las electricidades iban a ser superiores a nuestras emociones del color, del amor y de la palabra?”<sup>24</sup>.

En las páginas autobiográficas que Ramón tituló *Automoribundia*, y que abarcan el período de su vida comprendido entre los años 1888 y 1948, continúan las referencias a Oscar Wilde. Además de algunas observaciones sobre la labor traductora de su hermano Julio y de Ricardo Baeza, encontramos una en el capítulo XLI que justifica la razón por la que Ramón elige a Wilde para su tarea biográfica: “Procuraba elegir los que tuviesen más vivaz y literaria biografía: Oscar Wilde, Barbey d’Aureville, Villiers de l’Isle Adam, Gérard de Nerval, Baudelaire, Rémy de Gourmont”<sup>25</sup>.

Cuatro capítulos más adelante, Ramón cuenta cómo justo después de escribir *El torero Caracho*, se asombró al leer en un cartel taurino el nombre del torero Joaquín Rodríguez *Cagancho*, con ese apodo tan estrechamente parecido al que su imaginación novelesca había creado: *Caracho*. Por eso recuerda de inmediato una de las teorías capitales de *La decadencia de la mentira*, aquella según la cual la vida imita al arte mucho más de lo que el arte imita la vida. Así, escribe Ramón:

Confieso que tuve serias aprensiones ante el caso de dualidad que brotaba entre la imaginación y la realidad, y que sentí el escalofrío que he experimentado otras veces al sentirme augur y mesiánico como sincero precursor de formas y motivos literarios.

¡Y a momento seguido de la invocación disparatada!

Lo que como pretensión suprema pedía Wilde a la Naturaleza, “que imitase al arte”, se había realizado de un modo indudable y extraño<sup>26</sup>.

Haciendo memoria de su vida allá por 1928, Gómez de la Serna constata en el capítulo LXVI de estas memorias, su conocimiento personal de Dolly Wilde, “la bella sobrina de Oscar Wilde”<sup>27</sup>, como él mismo la denomina; personaje de una vida intensa, que por polémica y escandalosa, no le va a la zaga de la de su tío.

Una última alusión a Oscar Wilde en esta *Automoribundia* ramoniana aparece en las líneas que se ocupan del histórico E. Lawrence (capítulo LXXVII). A propósito de la súbita decisión de construirse aquél un hogar aislado y solitario, escribe Ramón: “De un modo glorioso hay un cambio trágico en su vida, como el que vivió Oscar Wilde, que, al salir de la cárcel, se llamó Melmoth”<sup>28</sup>.

El resto de menciones al escritor hay que hallarlas en libros como *La Sagrada Cripta de Pombo*, donde hay una muy fugaz presencia. Después de hacer Ramón su personal crónica de no pocos cafés extranjeros, deja escrito lo siguiente, entre un tímido paréntesis y bajo el epígrafe de “Otros cafés franceses”:

(Y por no alargar más este libro interminable, no reproduzco mis recuerdos de los cafés de Villiers, de Barbey, de Oscar Wilde, de Nerval, que están descritos en mis biografías de esos escritores publicadas en la Biblioteca Nueva)<sup>29</sup>.

Del mismo modo, es posible dar con otras alusiones a Wilde en dos de los treinta y un artículos escritos por Ramón en París, que fueron publicados entre enero y junio de 1930 en el periódico madrileño *El Sol*. En el titulado “Tabaco Maryland”, exalta con desparpajo su condición de fumador en pipa, y explica que, de contraer cáncer de laringe, donaría su órgano a la ciencia. En este punto se acuerda de Wilde y escribe:

Así como Wilde decía “que la única manera de quedar en la memoria de las clases comerciales es no pagando sus facturas”, se puede añadir “que la única manera de quedar como reliquia en el mundo es siendo operado de la laringe”<sup>30</sup>.

Sólo tres días después, el cuatro de mayo de 1930, el mismo diario publica otro artículo, esta vez dedicado íntegramente a Oscar Wilde. Con el título de “Otra vez la sombra de Wilde”, Ramón critica duramente la

aparición de un libro de Lucía Delarue-Mardrus que trata de las relaciones amorosas y del “lamentable episodio de Wilde y Douglas”<sup>31</sup>. Recrimina a la autora el no saber distinguir el talento de Wilde de entre tan tumultuosa vida, y rompe sin reparos una lanza en favor de sus opciones y de sus elecciones vitales:

Desde su escepticismo de artista sin escuela, vio el otro mundo de la belleza y acertó con la poesía, que está sobre la moralidad y la vida.

Si el pecado de Oscar Wilde es tan desastroso es porque prevaricó en él un verdadero vidente, un verdadero dios de la nada, lleno del sentimiento diamantino de la gracia en el vacío absoluto. Wilde fue el primer atisbo de lo que será el sentimiento de la belleza en un porvenir de porvenires<sup>32</sup>.

Ante la rápida reacción de Alfred Douglas llevando a Delarue-Mardrus a los tribunales; ante lo que es, sin duda, una nueva oportunidad para manchar el nombre de

Wilde entre acusaciones de la peor bajeza y del mayor sinsentido, Ramón vislumbra con tristeza la enésima condena que vuelve a caer sobre la memoria del autor de *La importancia de llamarse Ernesto*. De algún modo, nuestro escritor está pidiendo que se detenga de inmediato esta “nueva vejación de la publicidad”<sup>33</sup>; que no se llame a declarar nunca más, treinta años después de la muerte de Wilde, a su maltrecha sombra, a ese “procesado incesante del mundo, con un banquillo por asiento”<sup>34</sup>.

## NOTAS

- 1 ANDERSON, ANDREW A.: “Decadentes y jóvenes nuevos “interpolados”: Ramón y sus criterios de selección para *Prometeo*”, en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. XX, 2, 1996. Nosotros citamos a partir de la reproducción de este artículo en *Boletín Ramón*, 4, Madrid, 2002, p. 11.
- 2 Muerto ya Wilde, Ramón no deja de visitar la casa del esteta en Tite Street, en el barrio londinense donde viviera el escritor: “Al volver [Wilde] de nuevo a Londres vive en Chelsea. (A Chelsea le he ido a buscar cuando he estado en Londres) [...]. En Chelsea [...] se ve a Wilde perfectamente bien” (GÓMEZ DE

- LA SERNA, Ramón: "Oscar Wilde", en *Retratos Completos*, Colección Biblioteca de Autores Modernos, Madrid, Aguilar, 1961, p. 903). Tampoco dejará de visitar su tumba en el cementerio parisense de Père Lachaise.
- 3 GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN: "Oscar Wilde", en *Retratos completos*, Colección Biblioteca de Autores Modernos, Editorial Manuel Aguilar, Madrid, 1961, p. 878.
  - 4 GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN: "El concepto de la nueva literatura", en *Obras Completas*, tomo I, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1996, p. 155.
  - 5 *Ibid.*, p. 173.
  - 6 *Ibid.*, p. 162.
  - 7 *Ibid.*, p. 164.
  - 8 ZLOTESCU, IOANA: "Preámbulo al espacio literario de *Novelismo*", en Ramón Gómez de la Serna, *Obras Completas*, tomo 9, Barcelona, Galaxia-Gutenberg/Círculo de Lectores, p. 23.
  - 9 GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN: *Obras completas*, tomo I, Barcelona, Galaxia-Gutenberg/Círculo de Lectores, 1996, pp. 324-331.
  - 10 *Ibid.*, p. 324.
  - 11 *Ibid.*, p. 325.
  - 12 *Ibid.*
  - 13 *Ibid.*
  - 14 *Ibid.*, p. 326.
  - 15 *Ibid.*
  - 16 *Ibid.*, pp. 326-327.
  - 17 *Ibid.*, pp. 329-330.
  - 18 *Ibid.*, p. 331.
  - 19 GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN: "Oscar Wilde", en *Retratos Completos*, Colección Biblioteca de Autores Modernos, Madrid, Aguilar, 1961, p. 879.
  - 20 Incluye también algunos apólogos inéditos en castellano hasta estas páginas, como las que por aquellos años acababa de publicar Alfred Douglas, o alguna otra "publicada últimamente por Bernard Shaw". Tales datos dicen mucho de esa permanente atención por parte de Ramón a toda la actualidad referente a Wilde.
  - 21 *Ibid.*, p. 918.
  - 22 *Ibid.*, p. 919.
  - 23 *Ibid.*
  - 24 *Ibid.*, pp. 943-944.

- 
- 25 GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN: *Automoribundia (1888-1949)*, en *Obras completas, XX* ("Estudios autobiográficos I"), Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 1998, p. 362.
- 26 *Ibid.*, p. 530.
- 27 *Ibid.*, p. 548.
- 28 *Ibid.*, p. 682.
- 29 GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN: *La Sagrada Cripta de Pombo*, Madrid, Comunidad de Madrid (Consejería de Educación-Visor Libros), 1999, p. 194.
- 30 Ramón Gómez de la Serna, *París*, edición a cargo de Nigel Dennis, Valencia, Pretextos, 1986, p.78. El artículo fue publicado el 1 de mayo de 1930.
- 31 *Ibid.*, p. 181.
- 32 *Ibid.*
- 33 *Ibid.*, p. 182.
- 34 *Ibid.*